

II

Estaba escrito que yo no había de tener suerte en lo que se refiere a la fauna —si es que puedo expresarme así, lo que no creo mucho— de Montpellier, porque a poco de mi lance con el escorpión, de que acabo de hablar, y con motivo de haber caído enfermo, hube de sufrir la aplicación de una sanguijuela, que extremó su celo y amor al oficio hasta el punto de que habiéndose dormido mi ama, en vez de seguir atenta los progresos normales de la operación, y apartar a la ansiosa hirudina pasado el tiempo normal de una succión concienzuda, cuando mi madre al volver de una diligencia entró en la alcoba en que yo estaba acostado, para preguntar cómo seguía, encontróse con que mi camita estaba empapada en sangre y yo desmayado. Salí, o mejor dicho, me sacaron también aquella vez del atranco; pero estoy por atribuir la palidez de mi cara y la extremada blancura

general de mi cutis a ese nimio pero serio incidente de mis tiernos años.

A eso se reducen, en cuanto alcanza mi memoria, mis aventuras con los bichos de allí, a menos que no incluya en esa hostil colección al insecto celebrado por Boileau, según creo.

Yo he hecho a mil amantes envidiar mi suerte. "Mimí", creo, lo llama: ¿Es así? ¿Es exacta la cita? Y que abunda, o por lo menos abundaba, en mi tiempo en aquella buena villa, hasta el punto de que los vecinos ya se habían acostumbrado a él y hasta lo aludían con caricias de lenguaje. ¡Cuántas veces no he nombrado yo y oído nombrar a aquella buena gente del terruño "Mimís" a esos ágiles y agilísimos bichejos! Aunque había —¿existe todavía la costumbre?— un medio muy típico, que empleaban, por supuesto, las vendedoras de la plaza para librarse del insecto. Tenían todas siempre a mano un trozo de franela, que llamaban *pistol*, y en cuanto se sentían más acosadas que de costumbre por la indiscreta alimaña, tomaban su arma, y ¡pan! en el brazo, ¡pan! en el cuello, ¡pan! bajo las faldas, aporreaban al enemigo, le tenían prisionero en la pelambre del paño, y ¡clie clac! de una uñarada, adiós, pobre "Mimí"..., mientras venían otros.

Cuando buscas la pulga,
¡qué gracia tiene!

¡Qué artimañas y ardides!

¡Cómo divierte!

Vi Ceuta, Nimes, o por mejor decir, estuve en ellas, pues nada recuerdo de esas poblaciones, a no ser, en la última, los disparos de la guerra civil entre protestantes y católicos, y los sustos de mi madre y míos —mi prima habíase quedado en Metz, interna, con las damas de Santa Cristina—, pues mi padre formaba parte de un destacamento de tropa enviado desde Montpellier para establecer el orden, y mi madre habíase empeñado en acompañarlo...

Hay también un ferrocarril, ¡oh, qué primitivo!, cuyo borrosísimo recuerdo se esfuma cuando lo evoco, y, sobre todo, el de cierto sombrero de paja nuevecito que se voló por una ventanilla a la cual yo me había asomado cara al viento. Del verosímil gran asombro en presencia de tal espectáculo nuevo, de tamaña sensación por primera vez experimentada, nada menos que una locomotora en movimiento, un tren andando solo, no recuerdo lo que se dice nada. El niño ha visto y sentido todavía tan poco que apenas puede comparar, y su asombro ha de ser por fuerza muy débil, si no completamente nulo. Cierta día, en Inglaterra, un chico de la edad que podría yo tener en esta época de mis "notas" vió nevar por primera vez y parecía profundamente embelesado. Ocurría la cosa en una planta baja, y

el patio, adonde daba la ventana de mi amiguito, estaba ya todo blanco. Una criada hubo de abrir entonces la puerta que daba al patio y se disponía a salir, cuando Master Georgie, interrumpiendo su contemplación, puede que una meditación especulativa a su modo, exclamó cautamente: "*Mind the salt!*" ¡Ten cuidado con la sal!

Pero yo no quiero abandonar a Montpellier con cuadros de tan escaso realce. La memoria me proporciona otro más importante, del que participarán ustedes, después de lo cual daré un adiós, sin duda definitivo, a un país al que jamás volví luego y que es muy poco verosímil que ya vuelva a ver con mi futura, medianamente sedentaria y forzosamente parisiense perra vida.

El Cuarenta y Ocho tuvo lugar durante nuestra estancia en Montpellier, y yo asistí, ¿qué digo?, asisto todavía —tan claras estas cosas, como iluminadas delante de mí, que las "veo" pasados cuarenta y seis años después que ocurrieron— a la proclamación de la República, o, mejor dicho, a la solemnización de esa alta formalidad. Yo vestía mi traje de gala de niño de cuatro años, con mi blusita bordada, mis pantaloncitos cortos bordados también, mi gorra con la borla que me caía a un lado y mis guantes, pues febrero suele ser riguroso en ese Mediodía, donde no hay nada más variable que su tan pon-

derado sol, y estaba con mi madre en el estrado de la plaza de Armas, donde las señoras de la Administración y del Ejército lucían sus trajes casi primaverales —plumas, flores, volantes, abanicos y chales—, mientras el prefecto, todo de plata, y el comisario del Gobierno provisional, con chaleco tirando a lo Robespierre, ambos muy ceñidos en bandas de colores, arengaban a las tropas de la guarnición, que desfilaron luego al son de las músicas que tocaban la Marsellesa, entonada a grito pelado por mil y mil voces guturales, que apestaban a ajos. Tal fué la forma de mi primer conocimiento con el himno nacional y la “forma definitiva de nuestra democracia”, según acababan de decir.

Regreso de Metz. No puedo hablar —será la última vez— de esta población adonde luego no he vuelto más, ¡con tanto tiempo como hace de eso!, y es probable muera sin volver, así como no puedo hablar tampoco de mi ciudad natal sin alguna emoción muy comprensible, pues si bien es verdad que viví allí pocos años, allí fué, en definitiva, donde se me abrieron espíritu y sentidos a esta vida, que había de serme luego, en fin de cuentas, tan interesante. Además, ¿no cayó esa noble y desventurada ciudad, gloriosa y trágicamente, abominablemente, después de tantos combates inmortales? ¿Sólo por la traición, y traición como no la registra la Historia,

entre las manos del enemigo hereditario? De tal suerte, que para conservarme francés, a los veintiocho años, después de haber cumplido con todos mis deberes cívicos y sociales en Francia y como francés, y haberme lanzado, sin que nada me obligara a ello sino el patriotismo —y en el transcurso de estas notas quedará demostrado— al sobrevenir la guerra de la defensa nacional, en la medida de mis fuerzas, tuve que optar, en 1882, en Londres, adonde me habían arrojado las consecuencias de la guerra social, después de la guerra civil y la guerra extranjera, por la nacionalidad... de mi nacimiento.

Hay, verdaderamente criaturas predestinadas. Mi padre también habíase “alistado —sin ser requerido— a los dieciséis años” en los ejércitos de Napoleón I, y tras hacer las campañas de 1814 y 1815 vióse obligado, después del 18 de junio de este último año, a optar, para seguir sirviendo bajo nuestras banderas, so pretexto de que había nacido francés, en aquel departamento de Forets, que los tratados impuestos por el triunfo de la Santa Alianza incrustaron a la fuerza, ¡y tan a la fuerza!, en el reino improvisado de los Países Bajos y que hoy forma parte de la provincia del Luxemburgo belga.

Ha dicho un hombre de ingenio que para ser caballo no basta haber nacido en una cuadra.

PAUL VERLAINE

Yo admito la frase para el "extranjero" que nace en tal o cual país, debido a la casualidad de estar allí de paso o encargados de una misión sus padres. No fué jamás ese mi caso, y de ahí esa emoción tan real de que he hablado y que siento siempre que se habla, aunque con harta ligereza, de esa Alsacia-Lorena, que según parece han olvidado un poco y hasta tratan ya ; en algunos medios, como si fuese cantidad despreciable!

Por Lyon y Chalons volvimos a Metz, es decir, por el Ródano y el Saona. De ambos ríos no conservo recuerdos en mi memoria, de aquellos tiempos se entiende —pues hace poco volví a ver el Saona, que me impresionó mucho con su Lamartine en forma de vendaval—, a no ser que el agua estaba muy encrespada en torno a las ruedas del vapor y me salpicó chapuzándose varias veces, con gran alegría de mi parte, aunqueazonada con asomos de susto. Dormimos en Lyon, en un hotel que daba a un muelle, y yo al despertar veía desde mi cama columpiarse un largo velo de crespón negro por entre los finos visillos rameados de la ventana.